

El hombre más representativo del final del pontificado de Pío XII acaba de cesar en uno de los cargos más importantes de la Iglesia.

El «carabiniere» —como se definió a sí mismo el Cardenal Ottaviani— ha cesado. Una etapa de la Iglesia ha sido totalmente superada.

Montini, con su paso lento pero seguro, va poco a poco avanzando sin casi darnos cuenta. Bastaría comparar la situación de la Iglesia cuando, cansado ya psíquicamente Pío XII, le abrumaban toda suerte de peligros para el catolicismo, y el período que inauguró Juan XXIII, el optimista Papa del «aggiornamento», que hoy tiene su franca realización en el discutido entre nosotros Cardenal Montini, hoy Papa Pablo VI.

Es curioso observar con mirada serena a través de la historia, y ver cómo —sin darse cuenta— unos mismos católicos reaccionan de muy distinta manera en circunstancias externas distintas. Entre nosotros, los españoles conservadores saludaron como una desgracia la venida de Montini como Papa: su actitud abierta y comprometida, siendo Cardenal, molestaba a muchos. Hoy, en cambio, quieren falsamente utilizar su figura —como si fuese otro hombre— para defender las retrógradas e inmovilistas posturas que ellos tienen.

Olvidan que Montini es, ante todo, un diplomático —toda su carrera eclesiástica la hizo en la diplomacia de la Iglesia—, y no puede olvidar su formación sin riesgo de ser insincero consigo mismo. Pero, no lo olvidemos, sigue siendo el mismo Montini de siempre. El hombre —como me decía un alto eclesiástico, a propósito de un falseado incidente del que he sido inocente protagonista— que da un paso adelante y medio hacia atrás. Pero, al fin y a la postre, si las matemáticas no mienten, habrá avanzado ese medio paso de diferencia en su vaivén diplomático.

Sus discursos son así; pero sus actos también. Y si hace alguna concesión al ala más conservadora, éstas son mínimas en comparación con las que realiza a favor del avance católico que muchos deseamos con insistencia e impaciencia.

Algunos tendríamos el secreto deseo de que todo fuese más de prisa; pero, ¿podemos —por arte de magia, por el simple hecho de ser un hombre elegido Papa— cambiar a este ser de carne y hueso que gobierna la Iglesia?

Lo importante es recordar —como me decía ese mismo alto eclesiástico— que el defensor más decidido que hemos de tener los que queremos avanzar es el Papa actual, precisamente porque es Montini.

Así lo ha demostrado aceptando —aunque haya sido con demasiada parsimonia para los inquietos— la renuncia del cardenal Ottaviani, del conservador Cardenal que gobernó celosamente el Santo Oficio desde el tiempo de Pío XII.

Cuando Pablo VI anunció, en medio del Concilio Vaticano II, una drástica reforma de la Curia romana (para verlo no hay más que leer el discurso que entonces pronunció), debíamos haber comprendido, tal como era Montini, este proceso lento, pero seguro, que ha sido la tónica de su gobierno.

Ahora le ha tocado a Ottaviani, el rígido pero afectuoso anciano, que ha tenido en su mano el máximo poder doctrinal en la Iglesia católica después del Papa. En torno a él hemos construido un espectro: el de la Inquisición, pero ésa fue una obra de otros tiempos, de otra cultura que hoy está superada.

En España estuvo varias veces este hombre casi ciego, poco conocedor de nuestro «aggiornamento» religioso a causa de las informaciones parciales que los conservadores le han dado, y celoso defensor de unas leyes que han de ir cambiando, porque no se acoplan a las necesidades del hombre de hoy.

El Índice de Libros Prohibidos, los métodos represivos del control doctrinal, la ausencia de opción para la propia defensa ante aquel tribunal eclesiástico, son ya cosas de otros tiempos —aunque según bien pocos los años que han transcurrido desde que estuvieron todavía incomprensiblemente para muchos en vigor—. Y todo este cambio renovador ha ocurrido estando Ottaviani en el poder.

¿Por qué? Porque si él estaba dispuesto a defender con uñas y dientes el viejo tesoro de las leyes antiguas —son sus palabras—, al cambiar la Iglesia de norte —a pesar de su lucha por evitarlo— anunció al periodista Cavallari, del *Corriere della Sera*, que él, que siempre estaría al servicio de la Iglesia, sería también el más fiel a las nuevas leyes renovadoras. Y así lo hizo: defender lo antiguo

EL FINAL DE OTTAVIANI

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

(lo anticuado, mejor dicho), pero aceptar lo nuevo cuando esto se imponía.

Esa es su noble y rígida historia, que hemos de reconocer en lo que tiene de viril y sincera, al cantar —con alegría— el réquiem por su fenecida labor.

Un prelado con el que me une gran afecto y amistad —aunque interpretemos algo diferentemente ciertas posturas de «aggiornamento»— me decía que en la historia de la Iglesia han ocurrido muchas cosas criticables hoy, pero que —en su día— tuvieron la intención de ser renovadoras respecto a la situación inmediatamente anterior. Y esto ha sido cierto en muchas ocasiones.

Pero la historia es la historia, y no podemos dejar de juzgar los defectos que un día no vimos, pero que hoy aparecen con toda claridad. Lo que sería ingenuo —y en eso estoy de acuerdo con este prelado— es juzgar a la luz de nuestra cultura actual lo que fue estado quizá explicable en una cultura menos desarrollada. La única lástima es que, por culpa de los cristianos —altos y bajos—, no haya tenido mayor fuerza —en la transformación y cambio de las estructuras poco humanas que algunas veces nos han gobernado civil y eclesiásticamente— el mensaje de comprensión y libertad que el Evangelio descubrió al mundo, y que tan lentamente hemos ido comprendiendo los hombres.

Hoy hay que saludar el gesto de Pablo VI, que es de aliento y alegría, al nombrar a un hombre como el Cardenal Seper al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que es un paso quizá decisivo hacia su total supresión futura como organismo inquisidor.

El Cardenal Newman —el gran precursor de los tiempos actuales— había dicho bien claro, sin que entonces nadie le hiciera caso: «La fe religiosa no se conserva con medios disciplinarios, ni con prohibiciones, por solemnes que sean». ¿Por qué? Porque no se consigue con eso impedir la incredulidad, que es la realidad que se teme, sino que ésta se distraza con ello solamente de hipocresía. Lo que hace falta —decía este Cardenal del siglo XIX— es enseñar bien los valores religiosos y morales, y nunca proponer un catálogo negativo de prohibiciones, o un elenco de dudosas afirmaciones, falsamente presentadas como doctrinas obligatorias y ciertas.

Lo mismo exactamente que piensa el actual prefecto de esta importante Congregación doctrinal romana, que dijo en el Sínodo romano compuesto de 197 Obispos representantes de todo el mundo, celebrado en octubre último: «Hasta ahora hemos considerado la incertidumbre como una imperfección; pero ahora nos damos cuenta de que es una necesidad, pues nuestro saber es limitado». No había que prohibir —cuando estaba de actualidad hacerlo— **SIGUE**

EL FINAL DE OTTAVIANI

las cosas de que no estábamos seguros, ni —sobre todo— presentar como cierto lo que bien mirado —y la historia se encarga siempre de demostrarlo— era incierto.

Allí en Roma —cuando estuve en octubre—, uno de los principales teólogos de la Ciudad Eterna me dijo: «Dicen que Seper es un conservador, pero no es cierto; es un hombre equilibrado, sí, pero avanzado, como lo demostró durante el Concilio al oponerse algunas veces Obispos yugoslavos, conocidos por su conservadurismo, y que no estuvieron conformes con sus abiertas posturas».

Y ahora el Papa hace responsable doctrinal de la Iglesia católica a este hombre al que el Sínodo de Obispos dio su plena confianza, eligiéndole para presidir entonces la comisión doctrinal que se formó para reformar el rígido y alarmista informe Browne sobre los errores en la Iglesia, que disgustó por su negatividad a la mayoría del episcopado mundial reunido hace dos meses en Roma.

La prensa ha destacado que es un hombre de diálogo en pleno vigor mental y físico; fundador de una revista progresiva titulada «El nuevo rostro de la Iglesia»; procedente de un país tras el telón de acero —por primera vez en el nombramiento de puesto tan destacado en el Vaticano—; sucesor del conservador Stepinac, y adoptando una actitud comprensiva con las nuevas estructuras económico-sociales de su país; socialmente muy avanzado; que ha reconocido que la causa del ateísmo está muchas veces en la actitud de los cristianos que defienden un conservadurismo inmovilista, y que el remedio de este ateísmo no estará en prohibiciones doctrinales, sino en demostrar con hechos que la fe no es ningún obstáculo para el progreso humano.

No esperemos —como pensaba Manning, el Cardenal contradictor de Newman— que la Iglesia es la encarnación del Espíritu Santo, aunque sí creemos los católicos que tiene su ayuda providencial. Y, por eso, no esperemos tampoco que este paso adelante no tenga el contrapeso del medio paso atrás, como ha ocurrido —según dicen— con el nombramiento de Monseñor Gut para sustituir al renovador Cardenal Lercaro y al anticuado Cardenal Larraona.

Como haría Juan XXIII —y Pablo VI es discípulo suyo adelantado— tenemos que deducir de este hecho eclesial dos enseñanzas optimistas. Una, expresada ya por Santo Tomás en el siglo XIII —aunque hoy asuste a los timoratos que querrían que siguiera mandando Ottaviani—; y la otra, el consejo manifestado por el prudente moralista del Papa, Padre Haering, C. S. S. R.

El valiente Tomás de Aquino tenía la teoría de que la búsqueda de la verdad es dificultosa y que uno tiene —para acercarse a ella— que ser ayudado por los demás de dos maneras: una directa, por «aquellos que ya han encontrado un aspecto de la verdad» (fíjense mis lectores integristas en la modesta posibilidad de conseguirla que promete, puesto que sólo cree que alcanzamos «un aspecto» y no la verdad integral). Y la otra, indirecta, pues los errores de los hombres —y por eso les debemos estar agradecidos— son motivo de reflexión y profundización en la búsqueda de la verdad y no de alarma de timoratos (In II Metaph., lec. 1).

El equilibrado teólogo Haering —pero no por eso menos decidido en sus posturas avanzadas— pide por su lado que estimulemos y no condenemos, porque, si no, nada se conseguirá en el campo de lo religioso.

Yo no pretendo que se critique sistemáticamente al Papa —como algunos me atribuyen abusivamente en sus comentarios—, pero creo, como hizo el Cardenal Newman, que —con respeto y sinceridad— hay que «manifestar libremente la propia opinión en la Iglesia católica» siempre que en situaciones graves estemos convencidos que de no hacerlo se seguiría un grave daño al catolicismo, según cuenta el teólogo católico Josef Bommer que hizo este purgado ininteligentemente fiel a la Iglesia.

E. M. M.

DEPORTES

al regreso de australia

LOS lectores de TRIUNFO conocen sobradamente nuestra modesta opinión sobre las características y particularidades de nuestro tenis. Antes de la finalísima de la «Copa Davis», en Brisbane, expusimos bien claramente el criterio de que la tarea de conquistar la «ensaladera de plata» estaba fuera del alcance de las posibilidades españolas.

El resultado de 4-1 puede haber decepcionado a aquellos aficionados que, dejándose llevar excesivamente por la ilusión, acariciaban el sueño dorado de un éxito lógicamente imposible. El resultado, sin embargo, ha respondido a todas las previsiones y está bien como está.

No vale siquiera ni invocar la lesión de José Luis Arilla para encontrar justificaciones ingenuas a la derrota. Los «ases» australianos en su formación 1967 eran, NORMALMENTE, invencibles. ¿Vale la pena recordar que John Newcombe y Roy Emerson han sido los tenistas números 1 y 2 del año en el ranking mundial, y que Tony Roche figura entre los seis primeros?

La derrota de Santana ante Emerson y su gran victoria sobre Newcombe responden perfectamente al azar de unas confrontaciones entre jugadores de una talla fenomenal. El hecho de que los tanteos fueran sorprendentes —sólo duraron tres «sets» cada uno— no es sino la consecuencia admisible de una dura tensión y de una tremenda responsabilidad que aparejaban también el nerviosismo y las crisis de juego.

Con todo, nuestro segundo intento fallido en la «challenge round» no ha estado exento de notas positivas. La primera ha sido la confirmación de que Santana es el jugador más espectacular que se ha visto en pista alguna en los últimos años. La segunda, el progreso extraordinario realizado por Manuel Orantes, el joven granadino que es el tercer jugador en la historia de la «Copa Davis» que, con sólo dieciocho años, disputa la final. (Los otros dos, Lewis Hoad y Ken Rosewall, son dos raquetas maestras del profesionalismo actual.)

Lo más importante, sin embargo, y en lo que pocos han caído, arrastrados tal vez por la desilusión, es que España, con un contingente de practicantes que no alcanza las cinco mil fichas, es la segunda potencia mundial en tenis. Casi da miedo el afirmarlo. Pero no se llegó a Brisbane por pura casualidad, sino a través de seis eliminatorias, en tres de las cuales (Rumania, Inglaterra y Africa del Sur) se venció a través de maravillosas aunque angustiosas prestaciones de nuestros «cuatro mosqueteros».

Mantener esa posición es tarea difícilísima, porque «Santana sólo hay uno», aunque la superación de Orantes y las esperanzas depositadas en algunos jóvenes valores ayuden a no verlo todo de color oscuro en el inmediato futuro. Un futuro que en este año de gracia de 1968 alienta, esta vez con base firme, la corazonada de que «la tercera puede ser la vencida». El pase al profesionalismo de Newcombe, Emerson y Roche ha dejado al tenis australiano despojado de su mejor coraza. Si el tenis español consigue esta temporada alcanzar la «challenge round» de Adelaida se podrá cubiletear, con lógica, con la posibilidad de triunfo. ¡Llegar a la final! He aquí la tarea...

J. J. CASTILLO